

Sacramentos de la Iglesia con una devoción que enterneció á todos los asistentes. Al tiempo de hacer su profesión de fé, antes de espirar, declaró que sometía su doctrina y todos sus escritos al juicio de la Iglesia romana. Era su edad de unos cuarenta y nueve años; vida bien corta si se compara con la multitud y excelencia de sus escritos. Su facilidad era tal, que dictaba sobre diferentes materias á tres amanuenses, y algunas veces á cuatro, á un mismo tiempo. No obstante, en los diez y siete volúmenes en folio, impresos bajo su nombre, se hallan muchas obras que los mejores críticos atribuyen á otros autores. Tuvo un émulo famoso en la persona de un fraile menor llamado Juan Scoto, por sobrenombre el *Doctor sutil*, que se preciaba al parecer de adoptar opiniones contrarias á las del doctor angélico, pero solo en materias indiferentes á la fé. De aquí se originaron las dos escuelas rivales de tomistas y escotistas.

Estudiaba Santo Tomás con tanta aplicación, que perdía muchas veces de vista todo cuanto le rodeaba. Un día, hallándose en la mesa de San Luis, el cual tenía á mucha gloria admitir entre sus convidados á los sabios y hombres virtuosos, dió de repente una palmada sobre la mesa, y dijo: «esto es concluyente contra la herejía de Manés.» Su prior, que era también de los que estaban á la mesa, le tiró fuertemente del manto, advirtiéndole reflexionara que se hallaba en la mesa del rey. Tomás pidió perdón al príncipe; mas el santo monarca quedó muy edificado de verle tan poco atento á lo que habria envanecido á tantos otros; y haciendo el aprecio mas señalado de todos los pensamientos de este hombre singular, llamó al punto á un secretario y le mandó escribir el argumento contra los maniqueos.

El Concilio de Lyon duró desde el día 7 de mayo hasta el 17 de julio en que se tu-

vo la sesta y última sesión (1). Acabada la primera, en que apenas se hizo otra cosa que las ceremonias de costumbre para la apertura de estas augustas asambleas, el Papa Gregorio, que habia tomado muy á pecho los intereses de Tierra Santa, convino separadamente con cada arzobispo y con otros muchos prelados, sobre las imposiciones eclesiásticas y otros medios mas propios para socorrer eficazmente los restos desgraciados de los fieles de Palestina.

Arreglado este primer objeto del Concilio, se ocupó Gregorio principalmente en la reunión de los griegos, que formaba un accesorio tan considerable. Entonces recibió cartas de algunos frailes menores que habia enviado á Constantinopla, los que habiendo llegado á Roma con los embajadores del emperador de Oriente, le anunciaban su partida para el Concilio. Al punto mandó reunir á todos los prelados en el lugar ordinario de las sesiones, donde se leyeron públicamente estas cartas, que causaron una alegría increíble; y San Buenaventura pronunció un sermón elocuente sobre estas palabras del Profeta: *levántate Jerusalem, vuelve tus ojos hácia el Oriente, y desde la cumbre de las montañas contempla á tus hijos que se reúnen desde el Oriente hasta el Occidente*. Pusieron los griegos el colmo á la alegría pública, llegando en fin á Lyon el día de San Juan Bautista, 24 de junio.

Todos los prelados del Concilio con su comitiva, el vice-cancelario de la Santa Sede y el camarlengo con los oficiales del Papa y la servidumbre de los cardenales, salieron á recibir á los griegos fuera de la ciudad, y los condujeron con grande honor al palacio del Papa. Este los recibió en pié, acompañado de los cardenales, y les dió el ósculo de paz con todas las señales de un afecto

(1) Tom. 11 Conc. pag. 955 et. seq.

paternal. Rindiéronle ellos por su parte todos los respetos debidos al Vicario de Jesucristo, presentaron las cartas del emperador y de los obispos de Oriente, y dijeron que venían á prestar toda obediencia á la Iglesia romana y profesar una misma fé con ella. Asistieron el 29 del mismo mes, día de San Pedro, á la misa que celebró el Papa en la catedral, en presencia de todos los miembros del Concilio. Después de haberse cantado el Símbolo en latín, el patriarca German y los otros griegos lo repitieron en su lengua, y cantaron por tres veces estas palabras: *que procede del Padre y del Hijo*.

El 4 de julio, una nueva embajada mucho mas sorprendente todavia completó el comun regocijo. Abaca, Gran Kan de los tártaros occidentales, enviaba hasta diez y seis embajadores á la asamblea de la Iglesia cristiana, con intento de contraer con ella una estrecha alianza contra los musulmanes. Después de la muerte de Mangoucan, habiéndose repartido sus dos hermanos Kublai y Houlagon la inmensa estension del Asia, desde los mares orientales de la China hasta el Mediterráneo, el sultan de Egipto y de Siria habia obtenido ventajas considerables sobre Houlagon, dueño del Asia occidental, y sobre su hijo Abaca. Para reprimir pues al enemigo comun de los cristianos y de los tártaros venían estos al seno de la Europa en busca de la amistad de sus príncipes. Salieron á recibirles con el mismo aparato que á los embajadores de Grecia, y luego el Papa señaló el día siguiente 6 de julio para la cuarta sesión del concilio.

En ella fueron colocados los embajadores griegos á la derecha del Papa después de los cardenales, y los tártaros enfrente junto á los patriarcas. Se leyeron en alta voz las cartas del emperador Miguel Paleólogo, y de los prelados súbditos suyos. Contenían una profesión de fé, que habia sido pro-

puesta á los griegos por la Santa Sede durante el pontificado de Clemente IV y que habian adoptado enteramente. Reconocían ellos con la misma docilidad la primacía de la Iglesia romana, prometían no separarse nunca de estos principios, y pedían tan solo la conservación de aquellos usos que tenían antes del cisma y que en nada dañaban á la fé ni á la unidad católica. Hiciéronse estas declaraciones no solamente de parte del emperador, sino también en nombre de veinte y cinco metropolitanos y de nueve arzobispos junto con sus concilios ó los obispos sus sufragáneos; es decir, de casi todos los prelados que reconocían al patriarca de Constantinopla. También prometían deponer al patriarca José, si persistiera negando al Pontífice romano el honor que de antiguo se le habia tributado, y elegir un nuevo patriarca que reconociera la primacía de la Santa Sede. Después de la lectura de estas cartas, el gran cancelario Jorge Acropolita, en nombre del emperador, abjuró con juramento el cisma, aceptó la profesión de fé de la Iglesia romana, confesó su primacía y prometió perseverar siempre en estos sentimientos. Miguel Paleólogo fué reconocido por legitimo emperador de Constantinopla. Entónces el Papa el *Te-Deum*, y uniendo todos los presentes sus voces, espresaron como á porfía su contento y acciones de gracias.

No tardó esta en ser interrumpida con la muerte de San Buenaventura, la cual causó en todos los corazones honda pena, así por la doctrina del Santo, su tierna elocuencia y su acendrada virtud, como también por la dulzura de su carácter y de sus modales, con los que tenía, digámoslo así, aprisionados los corazones de cuantos le habian conocido. La corte pontificia y todo el concilio asistieron á sus funerales, que fueron los mas suntuosos y los mas tiernos de cuantos se han hecho jamás, aun á ningún soberano.



Pedro de Tarantasia, que de arzobispo de Lyon acababa de ser nombrado cardenal obispo de Ostia, y que sucedió al Papa Gregorio con el nombre de Inocencio V, pronunció la oracion fúnebre. Siendo de la órden de Santo Domingo, unida por hermandad con la de San Francisco, eligió por tema estas palabras, de David: *estoy inconsolable con la pérdida de mi hermano Jonatás*; y espresó su dolor de una manera tan patética, que escitó un torrente de lágrimas en la asamblea, tan penetrada como estaba de la pérdida que la Iglesia acababa de sufrir. San Buenaventura es mirado particularmente entre los doctores de su tiempo como el maestro mas eminente de la vida espiritual y el ascético mas afectuoso. De aqui vino principalmente el renombre que se le ha dado de doctor seráfico, y á él se le atribuye el uso de cantar al fin del oficio canónico la antifona de la Virgen.

Al dia siguiente de la muerte de este Santo, el 16 de julio, se celebró la quinta sesion del concilio, y tuvieron el dulce consuelo de ver administrar el bautismo á uno de los embajadores tártaros y á dos de sus compañeros. Conducidos estos extranjeros verosíblemente por miras del todo temporales, no pudieron acercarse, si es permitido decirlo asi, hasta las fuentes de la gracia, sin experimentar su impresion victoriosa. Despues de esta ceremonia se leyeron diversas constituciones relativas á la reforma, que era el tercer objeto del concilio. Se estableció como regla para lo sucesivo el método empleado en la eleccion de Gregorio; esto es, quedó instituido el cónclave perpétuamente y obligado á las reglas siguientes: «Despues de la muerte del Papa se aguardará á los cardenales ausentes por espacio de diez dias, al cabo de los cuales los cardenales presentes se reunirán en el aposento comun, llamado Cónclave, que estará completamente cerrado, á escepcion

de una ventana por donde se les pueda pasar el alimento estrictamente necesario. No podrán salir; ninguno podrá ir á verlos; no hablarán á nadie en particular ni recibirán carta alguna. Si tardan mas de tres dias en elegir Papa, en los cinco dias siguientes no se les servirá mas que un plato en la comida y otro en la cena, y pasado este tiempo no se les suministrará ya mas que pan, vino y agua, hasta tanto que se haga la eleccion.» Otro reglamento notable de este concilio es el que anula las colaciones de los curatos hechas en personas que no han llegado á la edad de veinte y cinco años y que obliga á los curas á ordenarse sacerdotes dentro del año de su institucion. Los demas estatutos versan principalmente acerca de las lecciones, órdenes y censuras. La mayor parte de estos decretos, publicados solo en la sesion quinta, habian sido acordados en la tercera.

En la sesta y última se prohibió la multiplicacion de órdenes religiosas, y se ordenó la supresion de las que habian sido instituidas despues del concilio general de Letran, celebrado en 1215. Pero á mas de los dominicanos y franciscanos, de quienes consta, dice el Papa Gregorio, que la Iglesia universal saca grandes ventajas, esceptúanse igualmente los celestinos y los servitas, en atencion á sus santos fundadores. San Pedro Celestino, que tomó el sobrenombre de Moron, montaña vecina á Sulmona, donde eligió su primer retiro, habia ido á Lyon á ver al Papa Gregorio, por el rumor que cundió de que iban á suprimirse las nuevas órdenes religiosas. Sin embargo de su exterior despreciable, obtuvo por sus austeridades, su desapego admirable y su vida enteramente angelical, una bula de confirmacion, en la cual el Papa toma bajo de su proteccion la nueva órden establecida segun la regla de San Benito, le asegura la posesion de sus bienes, y aun le concede varios privilegios particulares.

San Felipe Benicio, que no era mas que el quinto general de la órden dedicada al servicio de la Madre de Dios con el nombre de servitas, pero que es mirado, sino como su fundador, al menos como su principal apoyo, pasó tambien á verse con Gregorio X en el concilio de Lyon. Obtuvo la confirmacion de todo cuanto hicieran sus predecesores para establecer esta congregacion, desde Bonfilio Monaldi que la instituyó en Florencia treinta y cinco años antes y que hacia ya doce que habia muerto en olor de santidad. Vivió Felipe hasta el año 1285 en que murió, dia 28 de agosto, con tan grande reputacion de virtud, que ha sido canonizado por Clemente X.

Despues del despacho de todos estos asuntos, el Papa Gregorio representó á los pastores que las costumbres y la religion de

los pueblos se hallaban en sus manos, y que muchos de ellos eran la causa principal de los desórdenes y de la relajacion. Exhortólos fuertemente á corregirse á sí mismos, pues de lo contrario no dejaria él de hacerlo severamente. Asimismo prometió remediar varios abusos particulares, que la multitud de negocios importantes habia impedido tomar en consideracion en el concilio. Recitáronse luego las oraciones de costumbre y el Papa dió su bendicion. De este modo terminó el segundo concilio de Lyon, uno de los mas señalados por el aparato, la singularidad del espectáculo, el número y la calidad de los concurrentes. Dió las mayores esperanzas, en especial con relacion á los orientales, pero cabalmente bajo este concepto fué en lo que produjo menos resultados.